

de su cargo y á entregar el sello de su órden. Despues de castigar al poderoso y al soberbio, conjuró á los débiles para que tuviesen las dos grandes virtudes monásticas: la humildad sencilla y la caridad exaltada. Y contento de sí mismo volvió á su Universidad y á su cátedra. Al entrar de nuevo en Witemberg, encontróse con que la peste diezaba á la ciudad alemana. El terror se habia extendido en tal grado que muchos compañeros del monje huian para preservarse de una muerte segura. Sus amigos le conjuraban á que huyese tambien, mas él respondia con estas elocuentes palabras: «¿Huir? No, no, Dios mio. Porque muera un fraile no ha de morir el mundo. Me quedo en mi puesto, me quedo por obediencia; y no saldré de él hasta que la obediencia me obligue á abandonarlo. No digo que no tenga miedo á la muerte, pues no soy ningun San Pablo; pero fio en Dios que me libertará de este miedo.»

Examinado Lutero en este instante capitalísimo de su existencia, se le encuentra completamente en la ortodoxia y las prácticas de la Iglesia católica; pero con una tendencia invencible á innovaciones, de las cuales él mismo no se daba clara cuenta, pero que existian en el fondo de su alma é impulsaban todos los resortes de su voluntad y todos los instintos de su organismo. Un día pronunció elocuente sermon sobre la gracia, en presencia del duque Jorge de Sajonia, hijo de Alberto el Valeroso y primo de Federico el Prudente, es decir, del amigo mas cariñoso y mas entusiasta de Martin Lutero. En este discurso, que versaba principalmente sobre la eleccion gratuita de Cristo, Lutero dijo algo que trascendia completamente á herético, cuando, en los postres del banquete subsiguiente á la misa, como dijese una dama principalísima de la corte que quisiera oír otra vez tal discurso antes de su muerte, contestóle el duque que él quisiera no haberlo oído nunca. Los tiempos tomaban á la sazón aspecto bien grave y las circunstancias solemnidad bien grande. El deber de reformar la Iglesia, y hasta la imprescindible necesidad, penetraban abiertamente en aquella corte romana, la cual parecia á la sazón un colegio de los sacerdotes de Júpiter. Pero esta necesidad de la Reforma no tenia ya delante de sí el tiempo y el espacio que cuando se presentaba pujantísima en los concilios de Basilea y de Constanza, únicos dotados de fuerza bastante á evitar la revolucion religiosa y á traer la democracia cristiana. Citábase para

el otoño de 1516 el concilio reformador en Letran; y este concilio, por la hora de la convocacion, por el sitio de la asamblea, por el decaimiento de la clerecía, por el predominio de los Papas, tenia que ser necesariamente, en vez de un congreso de reformadores, un conventículo de cortesanos. Hablábase de una reforma de la Iglesia en su cabeza y en sus miembros; pero nada se hacia por conseguirla. Lutero presentia la inutilidad de aquella reunion; y la anunciaba en discurso latino redactado para su amigo el preboste de Leizken, el cual debia ir á Roma en el otoño de 1516, y tomar parte en el famoso concilio de Letran. El historiador de Lutero, Jürgens, trae este importante discurso, en el cual proclamaba el monje que los sacerdotes católicos tenian el deber capitalísimo, en tan supremas circunstancias, de alcanzar la regeneracion espiritualista del pueblo por medio de la divina palabra. Hubiera querido el monje disponer de los fragores del trueno para mostrar esta verdad á las muchedumbres sacerdotales. Urgia, urgia en su concepto un remedio súbito y eficaz. La doctrina cristiana zozobraba en las manchas de una confusa tradicion; el pueblo perdía la luz cegado por las supersticiones sobrepuestas á los dogmas; crecía la cólera de los partidos, la ignorancia de los entendimientos, los vicios de la vida. «Y la falta, decia, es de nosotros y la responsabilidad sobre nosotros pesa. Faltamos á nuestros deberes; y nos hundimos en asuntos baladíes y mundanos. Sostenemos engañosas ficciones; y extrañamos que nazca tal pueblo de tal doctrina. Grande la corrupcion del clero, pero no es eso lo peor. Satanás permitiría aun la reforma de las costumbres clericales; ¡ah! lo que aborrece es la reforma de la doctrina. Los sacerdotes están instituidos antes que todo para la enseñanza: los sacerdotes, los grandes sacerdotes, sobre todo, que no enseñan bien, que no se curan de la doctrina, aunque parezcan distinguidos y santos, lobos son y no pastores, ídolos son y no clérigos. La doctrina es la vanguardia áurea de la reforma. Hagais lo que querais en el concilio; si no sabeis obligar á los sacerdotes á que abandonen las tradiciones humanas para predicar el Evangelio, ¡ah! no llegareis á nada.»

Hé ahí toda la filosofía que se engendraba de este supremo instante histórico; hé ahí el pensamiento que flotaba en los aires, en las conciencias, extendiéndose desde la raíz de la vida hasta los altos cielos. Nunca se ve tan

claro, se palpa tan de relieve, cómo el descuido de la reforma trae el estallido de la revolucion. Cuando los Estados poderosísimos se formaban, y el feudalismo de la Edad media se caía, sonaba la hora en el reloj de los tiempos, sonaba, sí, la suprema hora de volver á las fuentes del Evangelio, de predicar la doctrina contenida en los apólogos del carpintero de Nazareth, y organizando una Iglesia verdaderamente republicana, en que el pensamiento tuviera libertad, porque el pensamiento libre busca en su gravitacion á Dios, de encender allá en las cimas del mundo moral ideales capaces de reconciliar el mundo antiguo con el mundo moderno como no los habia reconciliado el Renacimiento y de unir la moral con el dogma como no los habia unido ni los podia unir el protestantismo. Tres grandes cosas sobrevienen al mundo en aquella época genesiaca de principios del siglo décimosexto: un Pontificado literario, un Renacimiento artístico, una Reforma religiosa. Estos tres grandes elementos debian juntarse en la obra de la cultura comun y no dividirse y no separarse, como se dividieron y separaron, para eterno dolor del mundo moderno y para eterna desgracia del linaje humano. Eran como el cuerpo y el alma, como la voluntad y el pensamiento, como la luz y el calor. Separarlos equivalia seguramente á separar el tiempo de sus obras, la idea de la accion y la mitad de nuestra vida de la otra mitad. El Renacimiento podia ser artístico sin dejar de ser cristiano; la Reforma podia ser cristiana sin dejar de ser universal y aun latina; el Pontificado podia ser máximo y único, católico y canónico sin dejar de ser la presidencia de una confederacion. No pasó esto, y por no haber pasado, vinieron grandes desastres. El Pontificado buscó cada dia mas, en su necesidad de defenderse, una organizacion propia de la defensa, la organizacion guerrera, la organizacion jerárquica, la organizacion absolutista, la organizacion de combate, porque al fin y al cabo la guerra es un despotismo opuesto á otro despotismo. La Reforma, á su vez, en el afan de cambiar el dogma sin cambiar la esencia del Cristianismo; si bien trajo el principio de libre exámen que nunca le agradecerá la humanidad bastante; si bien dió al pueblo la lectura de los libros sagrados; cayó en los dogmas agustinos, exageró la predestinacion y la gracia, combatió la doctrina pelagiana del libre albedrío en el momento mismo en que la resurreccion de esa doctrina tenia hasta el don de la oportunidad. Luego, de-

clarada la Reforma en abierta rebelion, tuvo que buscar el auxilio de los Príncipes cristianos y tuvo que perder lo mas necesario á su existencia y á su desarrollo, el carácter puramente democrático. Fué una Iglesia oficial, una Iglesia burocrática, una Iglesia monárquica, la que debiera haber sido una Iglesia democrática, una Iglesia liberal, una Iglesia republicana. Luego tuvo el mal de todas las revoluciones, el mal de suscitar á los exagerados, de lanzarlos al campo, de traer la guerra de los campesinos, es decir, la demagogia desenfrenada. Y la reaccion contra esta demagogia la obligó á dos cosas, á confirmar las monarquías existentes y á perder el carácter democrático. Pero no adelantemos las ideas, ni perdamos el hilo de la narracion. Seguiremos, pues, historiando la Revolucion religiosa.